

Femen

En el principio era el cuerpo

Anna Hutsol, Inna Shevchenko,
Oksana Shachko y Alexandra Shevchenko

Femen

En el principio era el cuerpo

Edición y prólogo de

Galia Ackerman

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

MANIFIESTO DE FEMEN

EN EL PRINCIPIO ERA EL CUERPO Y LA SENSACIÓN QUE LA MUJER TENÍA DE SU CUERPO, LA ALEGRÍA DE SU LIGEREZA Y LIBERTAD. ENTONCES LLEGÓ LA INJUSTICIA Y ERA TAN AFILADA QUE EL CUERPO LA SENTÍA. LA INJUSTICIA PRIVA AL CUERPO DE SU MOVILIDAD, CANCELA TODO MOVIMIENTO Y LO APRISIONA. ES NECESARIO QUE REVUELVAS TU CUERPO CONTRA LA INJUSTICIA, QUE MOVILICES CADA UNA DE SUS CÉLULAS EN LA GUERRA CONTRA EL PATRIARCADO Y LA HUMILLACIÓN, Y QUE DIGAS AL MUNDO:

¡NUESTRO DIOS ES MUJER!

¡NUESTRA MISIÓN ES PROTESTAR!

¡NUESTRAS ARMAS SON NUESTROS PECHOS DESNUDOS!

ASÍ NACE FEMEN Y COMIENZA EL SEXTREMISMO.

FEMEN

Femen es un movimiento internacional de valientes activistas en topless, con los cuerpos cubiertos de proclamas y los cabellos tocados con coronas de flores.

Las activistas de Femen son mujeres preparadas, tanto física como psicológicamente, para realizar tareas de humanización complejas y provocadoras. Las activistas de Femen están dispuestas a sufrir represiones. Su motivación es únicamente ideológica. Femen es el comando del feminismo, su batallón de ataque, la encarnación moderna de unas amazonas intrépidas y libres.

LA IDEOLOGÍA

Vivimos en un mundo de economía, cultura e ideología masculinas. En este mundo, la mujer es una esclava que carece del derecho a la propiedad y, sobre todo, a la propiedad de su propio cuerpo. El patriarcado somete todas las funciones del cuerpo femenino a un control estricto y a su reglamentación.

El cuerpo se le ha arrebatado a la mujer y ha sido objeto de una explotación patriarcal monstruosa. El control absoluto del cuerpo de la mujer es el principal instrumento con que se la oprime. Sin embargo, que las mujeres tomen las riendas de su sexualidad es la clave de su liberación. Que la mujer proclame que es dueña de su propio cuerpo supone el primer paso y el más importante para que consiga la libertad. El desnudo femenino, liberado del sistema patriarcal, destruye ese sistema, es el manifiesto de nuestra lucha y el símbolo sagrado de la liberación de la mujer.

Los ataques de Femen con el cuerpo desnudo son expresiones del conflicto histórico entre «la mujer» y «el sistema», y también su ilustración más evidente y adecuada. El cuerpo desnudo de una activista muestra un odio no disimulado hacia el orden patriarcal y es, asimismo, la nueva estética de la revolución femenina.

EL OBJETIVO

La victoria total sobre el patriarcado.

LAS MISIONES

- A través de la audacia y del ejemplo personal, incitar a un movimiento global femenino en contra del patriarcado como forma de esclavitud.

- Provocar al patriarcado en un conflicto abierto. Forzarlo a mostrar su esencia agresiva y antihumana para desacreditarlo definitivamente ante los ojos de la historia.
- Minar ideológicamente a las instituciones fundamentales del patriarcado: las dictaduras, la industria del sexo y la Iglesia, sometiendo a esas instituciones a un boicot subversivo hasta su capitulación completa.
- Hacer propaganda de una nueva sexualidad femenina revolucionaria en oposición al erotismo y la pornografía patriarcales.
- Inocular a las mujeres modernas la cultura de una resistencia activa contra el mal y la necesidad de luchar por la justicia.
- Crear la comunidad más influyente y apta del mundo para el combate.

LAS EXIGENCIAS

- Derrocamiento de todos los regímenes dictatoriales que crean condiciones de vida intolerables para las mujeres y, sobre todo, los de los estados islamistas teocráticos que practican la sharia u otras formas de sadismo hacia las mujeres.
- Erradicación total de la prostitución, la forma más brutal de explotación de la mujer, a través de la criminalización de sus clientes, de los inversores y de las organizaciones que trafican con esclavas.
- La separación absoluta y universal de Iglesia y Estado. Prohibición de cualquier injerencia de las instituciones religiosas en la vida civil, sexual o reproductiva de la mujer moderna.

LA TÁCTICA: EL SEXTREMISMO

El sextremismo es la forma principal del nuevo activismo feminista que ha desarrollado Femen. El sextremismo es la rebelión de la

sexualidad femenina contra el patriarcado a través de actos políticos extremos de acción directa. El estilo sexista de las acciones es un modo de destruir la idea patriarcal de que las mujeres estamos predestinadas sexualmente, y así favorecer una gran misión revolucionaria. El carácter extremo del sextremismo sirve para poner de manifiesto la superioridad de las activistas de Femen sobre los cancerberos del patriarcado. El formato poco ortodoxo de las acciones sextremistas expresa el derecho histórico de la mujer a protestar en todo lugar y en todo momento, sin someter sus actos a las estructuras patriarcales del mantenimiento del orden.

El sextremismo es una forma no violenta pero muy agresiva de activismo. Es un arma poderosa y desmoralizante que agita los fundamentos de una cultura patriarcal podrida.

LOS SÍMBOLOS

La corona de flores es un símbolo de feminidad y de orgullosa indocilidad. Es la corona del heroísmo.

El cuerpo-pancarta es una verdad expresada a través del cuerpo con la ayuda del desnudo y de los signos que se trazan sobre él.

El logo de Femen es la letra cirílica Φ (efe) cuya forma imita la de unos pechos femeninos, el principal símbolo del movimiento femenino Femen.

La divisa de Femen es: ¡Mi cuerpo es mi arma!

ESTRUCTURA Y ACTIVIDAD

El movimiento internacional Femen opera legalmente en países democráticos y se reserva el derecho a actuar en territorios controlados por regímenes dictatoriales. Femen está registrada como organización internacional que reúne a grupos de Femen nacionales en todo el mundo. Hoy en día, el movimiento Femen dispone

de representación en Ucrania, Francia, Alemania, Brasil y Egipto, y desea expandirse a nuevos territorios y reclutar a nuevas activistas. La formación de sextremistas se lleva a cabo en centros de entrenamiento creados en Francia y en Ucrania. El movimiento está dirigido por un Consejo de Coordinación del que forman parte las fundadoras y las activistas más experimentadas.

FINANCIACIÓN

Para asegurar las actividades de la organización, Femen acepta donativos de quienes comparten sus ideas y métodos de lucha. Femen también vende ropa y accesorios con sus símbolos, así como objetos artísticos de confección propia. El movimiento no depende de ningún inversor y se niega, por principio, a recibir cualquier ayuda proveniente de partidos políticos, organizaciones religiosas u otros grupos de presión.

Todos los recursos financieros son utilizados para lograr los objetivos del movimiento. Los productos de Femen se venden únicamente en su página web.

INFORMACIÓN

Femen profesa un principio de apertura hacia los medios de comunicación. Quiere asegurar así la mayor cobertura mediática de su actividad revolucionaria.

Paralelamente, el movimiento lleva a cabo una campaña de información y de propaganda agresiva en Internet. Utiliza la Red como medio alternativo para transmitir su ideología. Femen se encuentra en todas las redes sociales y comunidades.

Femen sólo es responsable de los actos sextremistas cuya información figure en la web o en las fuentes oficiales del movimiento.

Las fuentes oficiales de información sobre las actividades del movimiento Femen son la página web y la página de Facebook.

FEMEN
Kiev, enero de 2013

Prefacio

Un movimiento de mujeres libres

Con catorce o quince años se aburrían. Sus amigos se pasaban el tiempo bebiendo cervezas en la calle o hablando, incluso drogándose, pero ninguna de estas cuatro jóvenes ucranianas disfrutaba con aquellas actividades. En sus ciudades pobres y remotas, Anna Hutsol, Inna Shevchenko, Oksana Chatchko y Sasha Shevchenko buscaban cómo dar sentido a sus vidas. Con la ayuda de algunos libros soviéticos fantaseaban sobre la época en que los pioneros o los komsomoles habían construido su país. Ellas no habían conocido esa época. Sólo Anna, un poco mayor que las otras tres, se acuerda de su infancia soviética y feliz, con sabor a chocolate y a mandarina.

Habían oído hablar de los crímenes de Stalin, pero para ellas no eran más que un pasado lejano. Durante los últimos años de la URSS, sus padres llevaban una vida apacible y se sentían útiles y respetables, aunque la realidad, menos rosa y mucho más compleja, ocultaba profundas desigualdades. Pero para las chicas nada puede compararse con la atmósfera dulce que se respiraba en los años noventa y los dos mil. Comenzaron a odiar el capitalismo, el sistema que permitía a unos pocos afortunados enriquecerse rápida y escandalosamente, el sistema que destruía la vida de la gente humilde, la vida de sus propios padres.

Con el trasfondo del odio al capitalismo en su versión postsoviética, Sasha, Oksana y Anna descubrieron el círculo marxista de su ciudad natal, Jmelnitsky, en Ucrania Occidental. El grupo estaba formado por varios jóvenes que se reunían regularmente para estudiar los manuales de filosofía soviéticos que habían encontrado en los graneros así como las obras de Marx y Engels o las del socialista alemán del siglo XIX August Bebel.

Esos jóvenes se oponían a la moral y al consenso político dominante.

Durante la Perestroika y los primeros años postsoviéticos, tanto en Rusia como en Ucrania era normal denigrar el periodo soviético. A este discurso se superpusieron las reivindicaciones nacionalistas ucranianas: el régimen soviético fue acusado de imperialismo político o cultural y de crímenes contra la nación ucraniana. El presidente Yúshenko exigió a la ONU que reconociera como genocidio la hambruna provocada por las políticas de la Unión Soviética, que durante los años 1932 y 1933 causó la muerte a seis millones de personas en Ucrania.

Si nos ceñimos a la economía, tanto en Rusia como en Ucrania la propaganda oficial preconizaba el liberalismo en su versión de Harvard; es decir, no como un robo sistemático de las riquezas de las naciones por un puñado de oligarcas cercanos al poder, sino como la única alternativa viable contra un oscuro pasado comunista. En realidad consistía en dotar de una falsa legitimidad a unos regímenes profundamente desiguales. El poderío de la máquina propagandística fue tal que los partidos comunistas empezaron a ser percibidos como bestias retrógradas del pasado. Y las voces que reclamaban el regreso a la justicia social se volvieron raras.

En esa atmósfera de tiranía liberal, denominarse marxista (a la sombra de otros grupúsculos radicales como el actual Frente de Izquierdas de Serguéi Udaltsov en Rusia) requería cierta audacia intelectual. El círculo marxista perseveró en su empeño y algunos de sus miembros, entre ellos las tres futuras componentes de Femen, trataron de poner en práctica los conocimientos que habían adquirido fundando una asociación de ayuda a los estudiantes.

Paralelamente y durante un año entero, las chicas se dedicaron a estudiar *La mujer y el socialismo* de Bebel. Convertido en libro de cabecera, su lectura supuso un verdadero revulsivo que las impulsó a consagrarse a la lucha por la libertad de las mujeres. En Bebel

encontraron la base teórica de su rechazo al machismo, el capitalismo y la religión, que oprime a la mujer siempre y en todas partes. Ayudadas por esta lectura, Anna, Sasha y Oksana se separaron de sus amigos varones de la asociación y crearon otro movimiento: Nueva Ética. Pronto se trasladarían a Kiev.

Sus primeras acciones (realizadas a partir de la primavera de 2008) son tan inocentes e infantiles como pintorescas. No faltan en ellas los disfraces. Buscan un buen conflicto. ¿Cuáles son sus objetivos? Durante una de sus reuniones dan con la primera cuestión importante: Ucrania no es un burdel. Se rebelan al mismo tiempo contra la industria del sexo que ha florecido en el país apoyada por el Gobierno y contra la percepción que tienen los occidentales de las ucranianas, esas natashas que aguardan a un príncipe azul que les dé un trozo de pan o les prometa una *dolce vita* en el extranjero.

Mientras llevan a cabo la lucha con numerosas acciones, el movimiento se estructura y adquiere el nombre de Femen. En 2009, Inna, estudiante de Kiev que proviene de Jersón, otra pequeña ciudad de provincias, se une al trío de Jmelnitsky. Las cuatro chicas formarán el esqueleto del grupo.

Femen encuentra en poco tiempo su imagen de marca: una joven en topless con una corona de flores sobre la cabeza. En este libro explican el significado de un atavío que las hará reconocibles en todo el mundo.

En 2009, el poder ucraniano estaba todavía en manos de la coalición que había surgido tras la Revolución Naranja. El cambio político había supuesto una decepción para la mayoría de los ucranianos, ya que el Gobierno se había mostrado incapaz de mejorar la difícil situación económica (agravada por la crisis mundial) y de combatir

Femen

la corrupción. En 2009, el país estaba polarizado ante las elecciones presidenciales. Yanukóvich, vencedor en 2005, se enfrentaba al presidente Víktor Yúshenko y a Yulia Timoshenko, inspiradora de la revolución y que mientras tanto se había convertido en la rival de Yúshenko. Como había sucedido antaño, el régimen ruso apoyaba a Yanukóvich.

Las Femen no querían limitarse a las cuestiones que tradicionalmente se perciben como «femeninas». Así que decidieron participar en el debate político. Tomaron entonces una postura que habría de perjudicarlas mucho ante la opinión pública. Decidieron que no optarían por ninguno, ni por los «azules» de Yanukóvich al que consideraban una marioneta del gran capital oligárquico del este de Ucrania, ni por los «naranjas» (partidarios de Yúshenko o de Yulia Timoshenko) por el fiasco político y económico del que eran responsables. Odiaban particularmente a Timoshenko, una mujer elegante y carismática que había sido primera ministra desde diciembre de 2007 a marzo de 2010 hasta que, según ellas, no había hecho nada para luchar contra la industria del sexo ni por mejorar la condición femenina. Sin embargo, desde el momento en el que Yanukóvich se asentó en el poder, las chicas debieron enfrentarse a la evidencia. A pesar de sus fracasos, la Revolución Naranja había aportado algunas libertades, mientras que el régimen que había tomado el relevo se había ido volviendo cada vez más y más represivo. A partir de ese periodo, las Femen deciden radicalizarse políticamente.

El nuevo enemigo es la dictadura. La policía, la justicia y el SBU (Servicio de Seguridad Ucraniano proveniente del KGB soviético) las acosan. Viven sus primeros juicios, sus primeros días encarceladas y sus primeros interrogatorios.

Comprenden entonces que luchar por los derechos de las mujeres en esa Ucrania es difícil y que hay que levantarse contra el estado policial. Comprenden que Ucrania nunca será libre mientras siga gobernada por el sistema de Putin, y en consecuencia se verán en la

obligación moral de apoyar a la oposición rusa que denuncia el fraude masivo de las elecciones parlamentarias de 2011. Así, las Femen inician una serie de acciones espectaculares para luchar al mismo tiempo contra el régimen de Yanukóvich en Kiev y contra el de Putin en Moscú, lo cual conducirá a su encarcelamiento en prisiones rusas.

Lo que resulta extraordinario y hace que las Femen sean tan especiales en el espacio postsoviético es su apertura al mundo exterior. Las chicas lucharán por la condición femenina o contra la deriva autocrática en Ucrania, pero serán también solidarias con los combates democráticos de los demás. Tras sus acciones de protesta contra el régimen de Putin (que no gustaron a la oposición rusa ya que ésta, demasiado cerrada en sí misma, no supo apreciar la temeridad de las «jovencitas ucranianas»), decidieron atacar a Alexandr Lukashenko, el presidente bielorruso considerado el último dictador de Europa. Su periplo bielorruso terminará en diciembre de 2011 cuando caen en una trampa del KGB local. Como veremos, aquello pudo terminar en verdadera tragedia y es seguramente su experiencia más terrible. En apenas tres años, las chicas se habrán convertido en combatientes aguerridas capaces de enfrentarse a policías armados con sus cuerpos desnudos y cubiertos de eslóganes.

Rápidamente se lanzarán a un nuevo combate. Ateas desde su adolescencia, no tardaron en asimilar la famosa frase de Marx: «La religión es el opio del pueblo». Para ellas, la religión es un instrumento del patriarcado destinado a dominar a la mujer. Las Femen decidirán combatir el clericalismo, ya sea cristiano o islámico, porque tanto el uno como el otro esclavizan a la mujer. En 2010, tras la protesta contra la decisión judicial iraní de lapidar a Sakineh Mohammadi Ashtiani, la lucha anticlerical ocupará un lugar

Femen

predominante en sus acciones. Protestarán en el Vaticano, en Kiev, en Moscú, en Estambul, en París y en Londres.

Hay que entender hasta qué punto las Femen nadan a contracorriente en Rusia y Ucrania. En ambos países, la Iglesia Ortodoxa, perseguida durante el periodo soviético, consiguió renacer de sus cenizas y se puso gradualmente al servicio del Estado. En Rusia, de hecho, la doctrina ortodoxa se ha convertido en la religión del Estado. Las Femen denuncian esas enseñanzas reaccionarias y rancias, así como la connivencia del clero con los regímenes corruptos. Lo harán de un modo todavía más enérgico que las célebres Pussy Riot. Con el mismo empuje y determinación, denunciarán a aquellos países que, siguiendo prácticas propias del Medioevo, mantienen la sharia. Sin temor a subvertir el espíritu de tolerancia de nuestras sociedades occidentales, llaman a las cosas por su nombre. Según ellas, en Europa no debería aceptarse que nadie lleve una nicab o un burka. «Mujer musulmana, ¡desnúdate!» es la proclama que Femen dirige a las musulmanas del planeta, sobre todo a aquéllas que viven en el mundo occidental.

Con el anticlericalismo, la ideología de Femen adquiere unos contornos nítidos. Sus acciones son cada vez más espectaculares, más peligrosas. Actúan contra lo que consideran las tres manifestaciones del patriarcado: la industria del sexo, la dictadura y el clericalismo. A ello hay que añadir reivindicaciones puramente anticapitalistas como las planteadas durante el Foro Económico Mundial de Davos. Según Femen, las mujeres son las primeras víctimas de la miseria impuesta por los dueños del mundo.

Los medios de comunicación europeos y americanos cubren ávidamente las acciones de Femen, aunque hablan más del continente que del contenido. En cada ocasión asistimos a un espectáculo donde el interés de los espectadores se aviva debido al riesgo que corren las participantes. Los reportajes sobre Femen tratan pocas veces sobre sus reivindicaciones, pero no faltan en ellos fotografías

espectaculares. Sin duda esas chicas son el mejor reclamo para atraer a la prensa.

¿Cómo iba a ser de otro modo? Las chicas tocan la campana de la catedral de Kiev, se saltan las barreras del Foro de Davos y se pasean ante los francotiradores apostados en lo alto de los edificios, protestan con los pechos desnudos frente a la gran mezquita de Estambul y atacan a los integristas católicos de Civitas disfrazadas de monjas con este eslogan escrito sobre su piel: *In Gay We Trust*. Las fotografías donde se las ve peleando con los policías o los servicios de seguridad de cada país forman parte del espectáculo. Estamos frente a un nuevo feminismo: las Femen utilizan medios del activismo artístico, cada vez de modo más radical, con fines puramente políticos, pero se niegan deliberadamente a considerarse artistas. Es el precio que las valientes jóvenes pagan por la difusión de sus ideas.

Durante el otoño del 2012, aunque conservaron su oficina de Kiev, las Femen se instalaron en Francia. Fue entonces cuando yo las conocí. Primero me encontré con Inna y después con las demás fundadoras, Oksana, Sasha y Anna, que estaban de paso por París. Escribí este libro tras decenas de horas de entrevistas con ellas. Son sus palabras. ¿Por qué quise hacerlo?

Como periodista especializada en Rusia y en el espacio post-soviético, hacía años que me interesaba el fenómeno de los jóvenes radicales que, pese al desmoronamiento de la Unión Soviética, predicaban el socialismo y el marxismo. La idea que yo tenía de Femen, la de unas mujeres idealistas que se rebelaban contra la versión oligárquica del capitalismo salvaje, se confirmó en mis primeros contactos con ellas.

Pero descubrí mucho más que eso. Conocí a cuatro jóvenes extraordinarias, creativas, modernas y, sobre todo, llenas de compasión hacia todas las mujeres que sufren. Y como son capaces de sentir

Femen

una compasión verdadera, también son capaces de enfrentarse con una ira feroz contra quienes provocan el sufrimiento. Pertenecen a la estirpe de los grandes revolucionarios. Son las herederas de la larga lista de mujeres que se sublevaron en tiempos del zar, mujeres como Véra Zassoulitch, Véra Figner, Ekaterina Brechko-Brechkovskaia, Alexandra Kollontai y tantas otras. Con la diferencia de que, en los tiempos de Internet y el negocio del espectáculo, su lucha logra resultados muy diferentes. En lugar de optar por el terrorismo, las Femen, radicales en lo más profundo, han encontrado un medio con el que atacar a sus enemigos que es al mismo tiempo lúdico y simbólico: un cuerpo desnudo en vez de una bomba o un fusil.

¿Por qué decidí ayudarlas a contar su historia? A pesar de ciertas divergencias ideológicas (no soy marxista y me considero más agnóstica que atea), me siento cercana a su lucha. Comparto su odio hacia la industria del sexo, que es una abominación, y su combate contra las dictaduras me despierta la mayor de las simpatías. Durante la época soviética yo apoyaba a los disidentes. Hoy apoyo a los demócratas que se enfrentan a Putin y a otros regímenes autocráticos de la órbita soviética. Soy o fui amiga de disidentes u opositores como Anna Politkóvskaya, Elena Bonner, Alexandr Ginzburg, Vladimir Bukovsky, Serguéi Kovalev... por mencionar a unos pocos (algunos ya no están entre nosotros). Me enorgullezco de contar con la amistad de un gran disidente ucraniano que vive en Francia: Leonid Pliush.

También hay que hablar de su anticlericalismo. Las Femen son ateas convencidas para quienes cualquier religión oprime a la mujer. Es algo históricamente cierto, pero no todos los cultos han evolucionado de la misma forma. Los protestantes y los judíos liberales han recorrido un largo camino para asignar a la mujer un papel equiparable al del hombre. La Iglesia Católica, la misma de las

cruzadas y de los carniceros de la inquisición, también está evolucionando. Lo hace a paso lento pero seguro. En cambio, la Iglesia Ortodoxa, fiel a la tradición bizantina y zarista, se ha convertido en un pilar del régimen de Putin, que desde hace años aplasta a la oposición política y a la prensa libre. El régimen, acusado de fraude masivo durante las últimas elecciones, necesita más que nunca el apoyo de la Iglesia para extender su poder, incluso hasta Ucrania. ¿Podemos tolerar esta alianza entre el poder de Putin y el patriarcado, algunos de cuyos jerarcas provienen directamente del KGB? Para mí, la respuesta es no. Sin compartir su militancia atea y sin apoyar algunas de sus acciones, su denuncia de la Iglesia Ortodoxa me parece justificada.

Además, la aventura de estas cuatro jóvenes ucranianas merece ser contada.

Son chicas fuertes que proclaman valores europeos. Son un símbolo de esperanza para el Viejo Continente a pesar de que no siempre compartamos sus ideas o sus métodos. Es como si el este de Europa, a menudo olvidado, hubiese irrumpido en escena de un modo espectacular. ¿Cuál es el futuro de Femen? Su centro de entrenamiento parisino, abierto a activistas del mundo entero, pretende formar a los soldados del feminismo que librarán la guerra contra los opresores de las mujeres. ¿Es el principio de una revolución femenina mundial? Ojalá sea así.

GALIA ACKERMAN

Inna, una vándala pacífica

Nací en un agujero dejado de la mano de Dios, en una pequeña ciudad de provincias al sur de Ucrania llamada Jersón. Allí se habla ruso, como en Odesa, que no está muy lejos. Es una ciudad todavía muy soviética, donde la URSS parece que aún exista y nada haya cambiado. Este inmovilismo comenzó a exasperarme muy pronto, desde mi infancia. Solía repetirme que en cuanto creciera me marcharía lejos.

Cuando era pequeña, mis únicos amigos eran los árboles. Solía ponerme pantalones y deportivas, ya que odiaba los vestidos. Que no fuera una niña modélica enfurecía a mi madre. No es que me negara a llevar vestidos, sino que mi madre sabía que en cuanto me los pusiera los ensuciaría o rompería, ya fuera trepando a un roble o jugando con las piedras de un solar en construcción. Cerca de nuestro edificio había una obra. Por la tarde, cuando los obreros se marchaban, entraba con mi pandilla de amigos para construir castillos con ladrillos. Tenía necesidad de libertad, y en lugar de jugar con muñecas o en el cajón de arena, prefería juntarme con chicos para hacer expediciones más atrevidas. No quería ser un chico, pero me gustaba sentirme rodeada de ellos. Era una especie de vándala pacífica que no participaba jamás en las peleas. La única persona con la que cada cierto tiempo me peleaba era con mi hermana mayor.

Era una niña razonable. Mis padres jamás tuvieron que azotarme. De hecho, tengo la suerte de haber nacido en una buena familia. Definiría a mi madre como «la ucraniana ideal». Fue jefa de cocina de un restaurante antes de convertirse en cocinera de un comedor universitario. Es una mujer ucraniana típica que trabaja a tiempo completo pero que mantiene impecable su casa, se ocupa de

Femen

cocinar, y cuida de su marido e hijos sin enfadarse o, más bien, sin mostrar nunca sus emociones. Una mujer tranquila, buena, positiva y muy agradable. Pero tampoco es una mujer alegre, aunque nunca se queje de nada. Soporta su destino como un burro lleva su carga, sin comprender que podría haber vivido de otra forma.

Yo sufría por ella. Todavía no conocía la palabra «feminismo», pero solía repetirme que aquella existencia me parecía injusta, y el hecho de que fuera la norma no suponía ningún consuelo; en cambio mi hermana, cinco años mayor que yo, se puede decir que ha asimilado este modelo. En efecto, ella se casó con 19 años, tuvo un hijo con 21, y vive y trabaja en Jersón. Sin embargo, siempre hemos estado muy unidas y sé que me apoya en todo.

Mi padre es un hombre muy emotivo. Aunque sea brusco, tiene buen corazón. En la familia nunca ha habido verdaderas peleas. Gracias a su sentido del humor, mi padre siempre ha sabido convertir cualquier posible conflicto en una simple broma. Mis padres pueden discutir con mi hermana y conmigo sin que jamás medie la violencia.

Mi padre es un reservista, antiguo oficial del Ministerio del Interior. Nunca podré evitar asociarlo a su uniforme. Cuando mis padres salían, tanto mi hermana como yo nos poníamos su uniforme, en vez de los tacones de nuestra madre. Y cuando ascendía, agujereábamos sus hombreras para colocar una nueva estrella. Para nosotras aquel era un ritual sagrado.

Si yo saqué buenas notas y si me tomé los estudios en serio fue también gracias a mi padre. Me hablaba siempre como si fuera mayor y me repetía que debía estudiar por mi bien, por mi futuro. Cuando acababa de entrar en la escuela primaria me explicó que mi vida adulta estaba a punto de empezar. Pronto comprendí que había una jerarquía en el colegio. Existen estudiantes a los que sus profesores

les cogen cariño de inmediato, los ayudan y los estimulan. Es un círculo vicioso: si uno estudia, los profesores lo aprecian y hacen cuanto está en sus manos para desarrollar sus capacidades y que sea todavía mejor. Desde el primer año quise ser la delegada del curso. Así es como llevé a cabo la primera campaña electoral de mi vida. Me eligieron por mayoría. Aquella elección me conferiría una enorme responsabilidad, ya que debía controlar los retrasos y las ausencias, así como organizar las filas para las salidas. Conservaría ese papel durante toda mi vida escolar.

Cuando tenía doce años padecí mi primera crisis de identidad. De pronto comprendí que los chicos prefieren a las chicas con vestidos y zapatos bonitos. Como quería ser la primera en todo, comencé a vestirme de un modo más femenino y empecé a dejarme crecer el pelo. El efecto no se hizo esperar: muchos chicos, alguno de mis amigos incluso, se enamoraron de mí. Había muchas chicas que querían ser amigas mías, ya que era la líder de la clase, pero sus historias siempre me parecían tontas y procuraba mantenerme alejada de ellas. Sólo tenía una amiga, otra alumna excelente. Compartíamos pupitre y con ella me encontraba a gusto. En mi clase de veintidós alumnos sólo había siete chicos. Los siete, mi amiga y yo formábamos un grupo compacto.

Hacia los catorce años empecé a ambicionar algo nuevo: me empeñé en que tenía que convertirme en la presidenta del colegio. Era una función importante, nada que ver con un simple delegado de clase. El presidente del colegio asiste al consejo escolar y se encarga de transmitir las peticiones y quejas de los alumnos. Es también quien se encarga de organizar los concursos y las fiestas. En resumen, es un personaje importante. En teoría uno puede acceder a ese puesto a partir de segundo, pero sólo suelen acudir a votar los del último curso. La posibilidad de que me eligieran era, pues, casi nula. Aun así presenté mi candidatura junto con otros nueve opositores. Hicimos campaña durante tres semanas. Distribuimos

Femen

panfletos y cada uno hizo la presentación de su programa en público. Aquellas presentaciones se celebraban en la sala de actos. Los candidatos subían al escenario y tenían que intentar convencer a los asistentes. Casi todos los alumnos participaron en las elecciones. Todos queríamos jugar al juego de los adultos: el de la democracia. En cada clase había urnas. El recuento de los votos lo hicieron profesores y alumnos designados al azar.

Al día siguiente de las elecciones, nuestra clase era la encargada de mantener el orden en el colegio. Como delegada de clase tenía unas obligaciones precisas: ubicar a los alumnos en el comedor, en el patio... En ese momento, la directora vino corriendo para susurrarme al oído que había ganado. Había conseguido la mayoría de los votos en trece de las quince clases. Era una victoria absoluta. Fue así como comenzó mi carrera de presidenta. Me reeligieron en dos ocasiones más: en primero y en el último año de instituto. Fue mi primera experiencia política, una experiencia inolvidable cuyo principio coincide con el de la campaña presidencial del 2004.

Los dos principales candidatos a la presidencia de Ucrania eran Viktor Yúshenko y Viktor Yanukóvich, al que apoyaba el presidente saliente Leonid Kuchma. En Jersón todo el mundo apoyaba a Yanukóvich, tanto mi familia como los profesores del colegio. Además había presiones externas. Por ejemplo, nuestra madre nos contó que en su trabajo los funcionarios de la administración local habían amenazado con despedir a quienes votaran por Yúshenko. Intenté explicarle a mi madre que aquello era una tontería, pero ella tenía miedo. En Ucrania Occidental, la mayoría de la gente era consciente de que Yanukóvich no era un buen candidato, pero por temor a las represalias, o por indiferencia, muchos estaban dispuestos a votar por él.

Me acuerdo de los propagandistas que vinieron de Donbass, el feudo de Yanukóvich. Se dedicaban a proclamar: «Es como nosotros, ha estado en prisión, como tanta gente, por haber arrancado gorros».* Esa actividad consistía en arrancar los gorros de la cabeza de la gente para sólo devolvérselos cuando hubieran pagado unas monedas a cambio. Un chantaje inocuo. Pero gracias a pequeños robos como ese sobrevive la mayoría de los ucranianos. Los necesitan para poder enfrentarse a la miseria.

Era una táctica inteligente presentar a Yanukóvich como un candidato popular frente al intelectual Yúshenko, el elegido por las élites ucranófonas cuya esposa era americana. Sin embargo, la pareja hablaba ucraniano en casa y vestía a sus hijos con la ropa tradicional (camisas con el cuello bordado), lo que era algo inaudito e insoportable de ver para el sur y el este de Ucrania. En efecto, la propaganda soviética que apoyaba a Yanukóvich presentaba el nacionalismo ucraniano como una especie de atraso. Para poder hacer carrera había que ser rusohablante.

Pero al mismo tiempo, la gente pedía un cambio y Yanukóvich sólo proponía la continuación del régimen podrido del presidente saliente Kuchma. Un nuevo hombre, una nueva biografía, una nueva cara pero las mismas palabras; en cambio, el discurso del «extraterrestre» Yúshenko era original e interesante. Sus llamamientos a aproximarnos a Europa, a Occidente, y salir del almacén ruso surtían efecto. Y luego ocurrió lo del envenenamiento de Yúshenko por dioxina durante la campaña, cuya autoría todavía ignoramos y que provocó una oleada de simpatía hacia aquel hombre. La campaña electoral estaba siendo muy agitada. A pesar de ser muy joven, entendía que Yanukóvich no podía representar los intereses de nuestro país ni los míos. Para mí, un antiguo delincuente que

* En realidad, Yanukóvich estuvo en la cárcel en dos ocasiones, una a finales de los años 60 y otra a principios de los 70, acusado de robo y agresiones.

Femen

no sabía expresarse bien en su lengua materna, el ruso, por no hablar del ucraniano, era una vergüenza. Como presidenta del colegio, asistí al consejo pedagógico donde la directora, que me tenía mucha estima y simpatía, pidió abiertamente a los profesores que votaran por Yanukóvich. No pude protestar durante el consejo pero, al día siguiente, organicé mi número. Me trencé el pelo y me lo enrollé entorno a la cabeza como Yulia Timoshenko, la principal aliada de Yúshenko. Llegué al colegio así peinada con una cinta naranja atada a la cartera. Cuando me vio, mi tutora me obligó a salir y a deshacerme la trenza. Me confiscó la cinta naranja y me dijo que el colegio no era lugar para hacer política. Cuando le pregunté por qué la directora sí podía hacerlo abiertamente, la profesora, a la que le caía bastante bien, me rogó que no diera problemas.

Todavía me sorprendió más el resultado de las elecciones: Yanukóvich había ganado. Aquel anuncio provocó una revuelta en Kiev y en las provincias que se conoce con el nombre de Revolución Naranja. Fue un periodo idealista en la historia de la Ucrania independiente. También entonces aprendí lo que es el activismo político. Todo el mundo hablaba de democracia, tanto en la televisión como en la calle. Era la nueva palabra de moda, sobre todo en mi región. Cientos de miles de manifestantes se mantuvieron firmes a pesar del frío de aquel diciembre de 2004. Acamparon durante casi dos meses en la plaza central de Kiev, la de Maidán. Incluso en pequeñas ciudades con escasa tradición política como Jersón, aquellos a quienes la política jamás les había interesado tuvieron que decantarse entre los partidarios de los «naranjas» o de los «azules» de Yanukóvich. Eso es lo más importante: durante unos meses la gente dejó de ser indiferente. Es una pena que aquella revolución se quedara en nada, a pesar de la victoria de Yúshenko, obtenida durante la tercera vuelta y tras la presión de los manifestantes.

Tras unos meses de ebullición, volví a sumergirme en los estudios. El nivel de enseñanza era atroz pero aprendimos inglés mejor que la mayoría de los estudiantes ucranianos. Mi única aspiración era la de conseguir la medalla de oro cuando terminara mis estudios de secundaria. La deseaba de veras, pero no fue el caso. Si eres de provincias, donde el cupo es muy limitado, para ganarla hay que sacar unas notas excelentes y no sólo en el último curso, sino también en primero y en segundo. Desgraciadamente, en segundo sólo había sacado un «bien», y por eso no la logré. ¡Cómo lloré!

Pese a no tener la medalla que me habría facilitado el acceso a la universidad, decidí presentarme al examen de entrada en la mejor facultad de periodismo del país, la Universidad Nacional de Kiev, que lleva el nombre del gran poeta ucraniano Tarás Shevchenko. Mi madre intentó disuadirme proponiéndome que me presentara en Jersón, donde también hay una universidad. Para ella era absurdo que quisiera marcharme a Kiev si la casa de mis padres estaba en Jersón. Yo no entendía su lógica: ¿acaso no deseaban lo mejor para sus hijos?

Fui a Kiev con mi padre. Tuve que hacer siete exámenes en un mes. El día después de cada examen iba corriendo a la facultad para ver si me habían eliminado. Fueron unos días horribles. Finalmente lo logré, a pesar de toda la gente que se presentaba. Éramos cinco por cada plaza. Pero entré sin beca. En Ucrania hay muy pocas plazas gratuitas para cursar estudios superiores, y en la práctica totalidad están reservadas a los hijos de diputados y políticos. Si no eres uno de ellos, resulta imposible beneficiarse de la gratuidad de los estudios, incluso para un genio proveniente de una familia modesta.

El primer día en la universidad me sentí como una provinciana. Casi todos los demás estudiantes provenían de Kiev, de familias ricas.

Femen

Ellos ya habían visitado la mitad del planeta cuando yo acababa de conocer la capital de mi propio país. Me daba miedo mostrar hasta qué punto ignoraba los temas de los que hablaban. Me preguntaba si no habría cometido un error yendo a ese lugar tan prestigioso. Sin embargo, enseguida empecé a utilizar estrategias para imponer mi liderazgo. Sólo podía imaginarme a mí misma como jefa. No fue sencillo, pero un mes más tarde me eligieron responsable de mi grupo de estudios y durante el mismo año, presidenta del parlamento de estudiantes de la universidad.

En la Universidad Shevchenko se elige un parlamento compuesto por estudiantes de todas las facultades. Luego ese parlamento elige a su propio presidente. Mi papel consistía en representar a los estudiantes frente al rector y los profesores, transmitirles nuestras exigencias e informar de nuestros problemas. Para mí fue una excelente escuela política. La mayoría de los miembros de ese parlamento de estudiantes son hijos de verdaderos diputados. Es la generación que quiere hacer carrera política. Había entre ellos algunos chicos muy interesantes que terminaron por convertirse en mis amigos.

Pero mi día a día no era fácil. Vivía en una residencia de estudiantes que estaba muy lejos del edificio principal de la universidad. Las sesiones del parlamento tenían lugar todos los miércoles entre las ocho de la tarde y las once. Cuando volvía a casa, solía ser la una de la mañana, lo que era muy duro en invierno, cuando el termómetro se desploma. Mi madre no cesaba de preguntarme por teléfono qué esperaba obtener de todo aquello.

Estaba sola en Kiev, sin familia. Sin embargo, pronto comencé a amar esa ciudad donde no padecía la soledad. Cuando estaba en segundo, me contactaron desde la administración de la alcaldía de la ciudad. Alguien de allí me había visto en el parlamento de

estudiantes y había quedado muy impresionado. Durante una reunión en el Ayuntamiento me dijo: «Es usted una periodista prometedora. Venga a trabajar con nosotros». Me volví loca de alegría. Era un trabajo prestigioso, el sueño de una periodista en ciernes como yo.

Así que comencé a trabajar en el gabinete de prensa del Ayuntamiento. Y mi alegría se evaporó pronto. Lloraba todas las noches. Me había hecho una idea demasiado romántica del periodismo. Cada mañana me asignaban la tarea del día: tenía que escribir un panegírico donde elogiara el trabajo del alcalde o de sus concejales para gran satisfacción de los ciudadanos. El problema es que yo sabía que era mentira, pero tenía que hacerlo. Mis notas de prensa aparecieron en varios periódicos con seudónimos diferentes. Todas aquellas publicaciones las pagaba la alcaldía.

Esto sucedió bajo la presidencia de Yúshenko. Por ello puedo afirmar que la Revolución Naranja fue un sueño que pronto se disipó. Las élites y el gran capital nunca cambian. Siempre son las mismas personas, la oligarquía siempre conserva el poder. Son los mismos que se hicieron con el control del país cuando Ucrania se independizó en 1991. Sólo ha cambiado su aspecto. Ahora llevan trajes de chaqueta en vez de chalecos color frambuesa, como los mafiosos de la época postsoviética. Pero la esencia sigue igual: mantienen su forma de pensar, la misma maldad y siguen siendo unos bestias. Su fuerza reside en que son un grupo solidario que se apoya en todo. Incluso en ese entorno, Yúshenko era un mirlo blanco, un idealista. Al menos, eso es lo que yo creo, ya que todavía conservo las esperanzas de que fuera así. Es un hombre íntegro que supo dejar el poder en 2010 sin perder la dignidad. Pero no fue un buen político y no supo reformar el sistema.

Lo cierto es que ahora comprendo que desde mi más tierna infancia buscaba mi razón de ser. Durante el colegio y los primeros años de universidad soñaba con ser política y sentarme en un verdadero

Femen

parlamento, no como el de los estudiantes. Mi vida cambió cuando conocí al trío de Femen: Anna, Oksana y Sasha. Era invierno, finales del 2008 y principios del 2009. Yo solía hablar con Sasha a través de Facebook. Los temas sobre los que conversábamos eran bastante tontos: «¡Ah! ¿Te apellidas Shevchenko? ¡Yo también!». Nos encontramos un día en un McDonald's y me propuso conocer a las demás chicas sin entrar en detalles. Solían reunirse en la cafetería Ban'ka, situada en un baño turco de la época soviética. Era un lugar un poco sucio con azulejos típicamente soviéticos. Me dio la impresión de haber regresado a Jersón. En la cafetería había una mesa larga. A su alrededor se sentaba una treintena de chicas. Estaban planeando una acción contra la prostitución. Fue allí donde escuché por primera vez el nombre de Femen. Al principio me costó entender de qué se trataba. No me cayeron muy bien, ya que no sabía en qué consistía el feminismo. Tenía la idea equivocada de que las feministas llevaban la cabeza rapada, querían parecerse a los hombres y vestían como ellos. Dicho en pocas palabras: mujeres feas y mal folladas. Pero desde nuestro primer encuentro me atrajo su energía y ese gusto por la acción que yo siempre he buscado.

Anna, la instigadora

Como mi apellido hutsul indica, mi padre proviene de Hutsúlshina. Los hutsules son una pequeña etnia que habita desde hace siglos las montañas de los Cárpatos y que habla un dialecto ucraniano específico, como se puede comprobar en la inmortal obra *Caballos salvajes de fuego* de Paradzhanov. Sin embargo, la familia de mi padre no conserva nada de esta herencia, ya que hace mucho tiempo que se instaló en la región de Jmelnitsky, en Ucrania Occidental. Mis padres se conocieron en una boda, y poco después mi padre tuvo que marcharse a ganarse la vida en la región de Múrmansk, en Laponia. Mi madre apenas lo conocía, pero aun así decidió irse con él. Así, sin pensárselo dos veces. Se casaron allí y me trajeron al mundo en 1984. Después vino mi hermana. Mi padre era transportista en una mina. De pequeña me encantaba mirar una fotografía en la que se lo veía junto a su camión, ¡qué pequeño era en comparación con la rueda! Me parecía un hombre extraordinario por el simple hecho de que supiera conducir una máquina tan grande. Cuando la Unión Soviética estalló, regresamos a Ucrania.

Ahora están divorciados. A veces mi madre me dice «¡Tu padre es un imbécil!», y entonces yo le pregunto por qué se casó. Su respuesta suele ser: «Tenía veinte años y debía casarme. Además, bailaba bien.» Me sorprende esta lógica. Se trata de dos personas que se casaron por producto del azar y que tuvieron dos hijos sin quererse. Para mí la familia es algo importante y no me gustaría tener que decirle a mis hijos que su padre es un imbécil. Afortunadamente, mi madre ha terminado por comprender mi lógica y ya no se empeña en que me case enseguida.

Mi infancia soviética fue feliz. Me acuerdo del helado de avellanas, de los zumos de tomates frescos, de las mandarinas, del

chocolate y de la nieve. El regreso a una Ucrania independiente fue un suceso traumático. Los Koljós —las cooperativas agrícolas— morían de muerte natural y, para sostener la agricultura, el Estado repartía casas abandonadas entre las familias jóvenes. Mis padres consiguieron una casa en un pueblo. Tenía casi de todo: agua corriente y un váter de verdad, lo que para la época suponía un auténtico lujo. Pero todo lo demás dejaba mucho que desear. En los años noventa apenas había trabajo ni salarios, así que mis padres decidieron dedicarse a su huerto. Todavía recuerdo con horror todas esas horas que pasé plantando y arrancando patatas. Toda mi obsesión era estudiar para entrar en la universidad, me daba igual cuál. ¡Lo único que quería era marcharme de allí!

Sin embargo, lo que me impulsó a marcharme fue sobre todo la actitud de los hombres hacia sus mujeres. Éstas trabajaban como esclavas: se ocupaban de los huertos, de cocinar, lavar, limpiar, de los niños..., mientras que los hombres simplemente bebían. Cuando habían bebido bastante, montaban escándalos y pegaban a sus mujeres. Aquellos borrachos eran dueños de sus casas. Mi padre, deprimido por la pérdida de su trabajo como camionero y obligado a permanecer ocioso, adoptó el mismo tipo de vida. Mi madre, mi hermana y yo nos ocupábamos de todo, pero él nos maltrataba y afirmaba que era el dueño de todo cuanto teníamos. Cuando cumplí los catorce años le exigí a mi madre que se divorciara. Mi madre no quería, afirmaba que necesitábamos un padre. Así que cogí mis cosas y me marché a casa de mi abuela, a un pueblo todavía más aislado. Tenía que recorrer siete kilómetros para ir al colegio. Mi padre seguía pegando a mi madre. Al final ella se divorció.

Mi padre se marchó a Moscú y encontró un trabajo de obrero en una fábrica de porcelana, en Lobnia. Era un trabajo muy duro, por lo que dejó de beber. No tenía más remedio. Volvió a casarse y mi madre hizo lo mismo. Ella me ha legado la casa y un terreno de diez hectáreas, pero no creo que lo utilice nunca. La casa se encuentra

a ciento cincuenta kilómetros del centro del distrito. No hay carreteras, ni trenes ni autobuses. Sus habitantes siguen viviendo de sus huertos y de sus vacas. Se dedican a vender leche al Estado por un precio irrisorio, y no se hacen ilusiones con llevar una vida mejor.

La vida en casa de mi abuela me permitió curarme del agotamiento nervioso que me habían provocado las peleas constantes de mi antiguo hogar. Cuando terminé el colegio, me dieron la medalla de oro y entré en la Universidad de Jmelnitsky para estudiar contabilidad. En aquellos años estudiar para jurista, economista o contable tenía prestigio. Seguía la corriente sin saber qué era lo que me gustaba. Como no podía ser de otro modo, entré en la universidad sin beca. Durante los dos primeros años mi madre me ayudó, pero después pasé a estudiar a distancia y comencé a trabajar para poder ocuparme de mis matrículas.

Durante el primer año disfruté de las ciencias sociales, la filosofía, la historia de la cultura y la historia de la religión; pero también de la economía política y de las bases de la economía. Lo que echaba de menos era tener alguna actividad social. En el colegio había estado en la asamblea de estudiantes y participado en la organización de conciertos y encuentros creativos. En la universidad había un comité de estudios que una vez al año organizaba el día del estudiante. Aquello era un desierto. Para paliar la falta de gente propuse a mi profesor de filosofía organizar un grupo de pensamiento. Se inscribieron diez personas y sólo duró tres meses.

En segundo, cuando comencé a estudiar contabilidad, comprendí que no estaba hecha para el oficio que había escogido. Los conceptos de crédito y débito me producían náuseas. Me aburría y comencé a faltar a clase, lo que hizo que me expulsaran. Mi madre me obligó a prometerle que conseguiría el título. Así que tuve que humillarme y pedir que me readmitieran. Como era de los estudiantes que pagaban la matrícula no fue demasiado difícil. Me echaron y perdonaron diez veces más. En una ocasión tuve

Femen

que pasar por diez exámenes y doce de recuperación en la misma semana.

En tercero comencé a compaginar los estudios a distancia con un trabajo en un puesto de galletas y caramelos. Cada día abría a las seis de la mañana, transportaba pesadas cajas y colocaba la mercancía. No era un trabajo fácil, pero ahora puedo decir que lo sé todo sobre dulces. Por las tardes, después del trabajo, solía acudir a las reuniones del círculo filosófico que se reunía en el patio de un edificio de la calle Douvob, adonde me habían llevado Lena e Ira. A menudo me dormía en mitad de las discusiones, ya que siempre estaba cansada. Decidí entonces buscar un trabajo menos físico que me dejara algo de energía para poder cultivarme. Encontré un trabajo de secretaria gracias a las habilidades informáticas que había podido desarrollar en la universidad.

Aquellas reuniones filosóficas me influyeron mucho. Había colegiales de catorce y quince años, estudiantes de dieciocho y diecinueve, y un adulto, Maxime, que tenía treinta y cinco años. Toda aquella gente había encontrado un territorio común gracias a nuestro mentor marxista, quien pronto se convertiría en un buen amigo: Víktor. En el patio había una gran mesa de madera en torno a la cual se solían sentar los vecinos a beber cerveza. Pero nosotros nos sentábamos allí para leer en voz alta o comentar obras de filosofía, lo que producía una gran hilaridad entre el vecindario. Durante el invierno nos reuníamos en grupúsculos en diferentes casas, y las reuniones no se acababan nunca. Resultaba demasiado instructivo para que lo dejáramos. Antes de conocernos, vagábamos sin un objetivo claro y nuestros padres no representaban ninguna autoridad ante nuestros ojos. Perdidos en un mundo postsoviético y capitalista donde había que luchar para sobrevivir, no podían enseñarnos nada. En aquellas reuniones conocimos el marxismo y encontramos amigos.

¿Por qué el marxismo? Nos gustaba la idea de que la gente naciera igual en derechos y que así tuviera que ser siempre. La idea de

que cada uno pueda desarrollar sus capacidades, su creatividad, en lugar de soportar el destino que la sociedad capitalista le reserva. También añorábamos la antigua Unión Soviética. Las represiones de Stalin eran algo del pasado, y los últimos decenios soviéticos nos parecían un periodo feliz. Tampoco nos hacíamos ilusiones, ya que el fin del régimen soviético había coincidido con nuestra infancia, y la infancia es, por definición, un periodo feliz. Todos y cada uno de nosotros rechazábamos el capitalismo salvaje. Y yo no era una excepción. Mi padre estaba en el paro, mi madre era una campesina pobre y yo tenía que trabajar para poder estudiar, mientras que algunos estudiantes, hijos de nuevos ricos, venían a la universidad en coches comprados por sus padres. Pero los míos no eran incapaces, simplemente vivían en un mundo injusto.

Sin embargo, cuando en un primer momento me propusieron unirme a un grupo de pensamiento de izquierdas, mi primera reacción fue preguntarles si estaban locos. Pero pronto pude descubrir que el régimen soviético poco tenía que ver con la teoría marxista. Leíamos manuales de filosofía, indagábamos en las raíces del marxismo leyendo a Hegel y a Engels. Naturalmente, leímos *El Capital*, lo que me vino muy bien en mis estudios. Nos inspiraba también el marxismo italiano y adorábamos a las Brigadas Rojas, que nos parecían terriblemente románticas.

Gracias a estos libros me convertí en una atea convencida. Durante mi infancia, e incluso en la universidad, acostumbraba a rezar antes de irme a dormir. Mi abuela me lo había enseñado, y creía que si dejaba de hacerlo iría al infierno. Cuando comprendí la historia del mundo y de la humanidad, así como la verdadera función de la religión, entendí que Dios no podía existir. Un día me arrodillé —como solía hacer cada noche— a rezar, pero acabé por levantarme y me acosté. Desde entonces no he vuelto a persignarme.

Mientras estudiábamos el marxismo no dejábamos de preguntarnos qué podíamos hacer para cambiar nuestra vida. Por ello

Femen

creamos el Centro de Perspectivas para la Juventud, que debía hacer de mediador entre las reivindicaciones de los diferentes centros de estudios superiores y la administración. En pocas palabras, queríamos luchar por los derechos de los estudiantes y contribuir a su crecimiento intelectual.

Trabajaba como secretaria en el despacho de auditorías de Olga Ivánovna Ugrak, una mujer rica y atípica, muy diferente a las nuevas ricas ya que dedicaba su tiempo libre a actividades sociales en favor de las familias numerosas y los huérfanos. Fue ella quien nos proporcionó un local para nuestra asociación y quien nos ayudó a registrarla oficialmente. Sin embargo, con esta actividad no tenía suficiente, lo que motivaba que todos me vieran como una persona inestable. Buscando mi vocación, había estudiado economía política, filosofía e historia. En cada disciplina mantenía el interés durante un tiempo, pero terminaba por abandonarlas. El descubrimiento del feminismo me permitió encontrar una motivación duradera.

En el fondo, aunque no lo supiera, había sido siempre feminista. El ejemplo de mis padres me había traumatizado: ¿cómo era posible que mi madre se casara con un hombre simplemente porque bailara bien? El hecho de que la mayoría de mis compañeras del colegio se hubiera casado de inmediato tras terminar sus estudios de secundaria me impresionaba profundamente. Sus padres no parecían saber que era preferible que, antes de contraer matrimonio, cursaran unos estudios superiores o encontraran un trabajo estable. Todas mis amigas del pueblo ya se han divorciado y tienen dos o tres hijos. Son hijos condenados a repetir los errores de sus padres. Todas ellas pierden rápidamente el interés por sus hijos, sobre todo si vuelven a casarse. Los niños crecen en la calle. Con sólo tres años ya dicen palabrotas, lo que hace reír a los borrachos. Me parece algo monstruoso: niños que nadie vigila y de los que nadie se ocupa. Pero en las ciudades las cosas no funcionan mucho mejor. Recuerdo un sábado en el que me dediqué a observar

a una serie de parejas que acababan de casarse en el Ayuntamiento de Jmelnitsky. Las chicas tenían unos dieciséis o diecisiete años. Me dieron pena. Pensé que su vida se había acabado; tendrían hijos, nunca irían a la universidad y jamás trabajarían. Y quizá en tres o cuatro años, cuando se agotara el amor, acabarían en la calle con sus hijos. El matrimonio destroza la vida de la mujer en la misma medida en que eleva el estatus del hombre. Porque él seguirá estudiando, saliendo con sus amigos y trabajando. Y será considerado un hombre seguro y de confianza sólo por llevar una alianza en el dedo anular.

Hablé con mis amigos de mis descubrimientos. La mujer carecía de derechos en la sociedad. Pero nadie me tomó en serio. Comencé entonces a investigar y enseguida comprendí qué era lo que más me motivaba: la situación de la mujer en nuestra sociedad. Los combates en los que estaba metida nuestra agrupación —como la obtención de becas para estudiantes— de pronto me parecieron vanos. Además, la discriminación también reinaba en nuestro propio centro. A pesar de que fueran las mujeres las que trabajaban sin cesar, eran los hombres los que estaban en los puestos más importantes.

Encontré una serie de chicas que compartían mi preocupación. Les propuse organizar sesiones a puerta cerrada, feministas y con el eslogan «Todos los hombres son estiércol». Era necesario explicar quién era el enemigo. Reflexionábamos sobre nuestras propias vidas: analizábamos el comportamiento de nuestros padres, de nuestros amigos y de nuestros superiores. Al mismo tiempo, leíamos *La mujer y el socialismo* de August Bebel para disponer de una teoría en la que apoyar nuestras observaciones. Fue durante una de esas reuniones cuando conocí a Sasha. La había traído una militante del Centro: Irina Serbina. La pobre Sasha, en un primer momento, pensó que estábamos locas. Por entonces Oksana ya estaba en el grupo, pero se ocupaba sobre todo de sus proyectos artísticos.

Finalmente se nos ocurrió formar un grupo puramente femenino. Un grupo que renegara de todo cuanto fuera masculino. Esa decisión provocó una escisión en el seno del Centro y nuestro nuevo grupo tuvo que marcharse tras una gran pelea. Una vez nos hubimos separado de los hombres, adquirimos el nombre de Nueva Ética. Olga Ivánovna volvió a ayudarnos a registrar la nueva estructura.

Conservé a algunos amigos, en particular a Víktor. A pesar de su escepticismo inicial, terminamos por convencerlo de la necesidad de luchar por los derechos de la mujer. Los argumentos eran sencillos: «La mujer no tiene futuro. Para empezar, suele llegar impuntual a todos los logros sociales.»

Los comienzos fueron difíciles. Nadie quería apoyarnos y mi entusiasmo se consideraba como un nuevo arrebató pasajero. Tras dos meses y numerosas deserciones, estuve a punto de disolver la asociación. No obstante, organicé conferencias y debates sobre la discriminación femenina en cinco universidades. Para mí era una manera de medir mis conocimientos y de aprender a discutir con nuestros adversarios, con un público masculino. Aquellas conferencias en las que pintábamos un retrato nada complaciente de la condición femenina tuvieron el efecto de atraer a numerosas chicas.

Continuamos con los debates. Además del libro de Bebel, que era nuestra biblia, estudiamos una antología de estudios de género (*Gender Theory*) que nos proporcionó una buena teoría del feminismo burgués. En Bebel, en cambio, no hay una teoría propiamente dicha, pero su obra proporciona una perspectiva histórica extraordinaria de la situación de la mujer. Dichas lecturas confirmaron nuestras impresiones. También leíamos a una feminista ucraniana, Solomiña Pavitchko,* y todo cuanto caía en nuestras manos. Hoy en día somos mucho más críticas con nuestras lecturas y sacamos de ellas lo que

* Teórica de la literatura que escribió sobre los aspectos intelectuales del feminismo como parte de la filosofía liberal. Murió en 1999 con 41 años.

nos conviene, pero en aquella época nuestra ideología todavía no estaba conformada y sólo sabíamos que era necesario batirse y luchar por los derechos de la mujer, y sobre todo por su educación.

Para «despertar» a las estudiantes y dotarlas de confianza, inventamos un concurso llamado *brain-ring*, una especie de duelo de ingenio. Precisamos de dos meses para organizar cinco o seis equipos de estudiantes de diferentes universidades. La mayor parte de aquellas mujeres se mostraba escéptica. Escuchábamos todo el rato la misma frase: «¡Oh!, pero si somos estúpidas, jamás podríamos participar en algo semejante». Tuvimos que armarnos de paciencia para convencerlas. Incluso conseguimos reclutar a algunos hombres que nos ayudaron a repartir pasquines durante las competiciones.

Continué trabajando en el despacho de Olga Ivánovna mientras que en mi tiempo libre me consagraba a Nueva Ética. En 2006, mi jefa decidió presentarse a las elecciones municipales. De pronto me vi inmersa en una campaña electoral, una experiencia que me permitió descubrir lo que se oculta tras las bambalinas de la repugnante vida política ucraniana. Olga Ivánovna no escatimaba en recursos publicitarios. Llegó a invitar a varios especialistas en técnicas de propaganda de Moscú y San Petesburgo. Antes de la crisis, los políticos despilfarraban el dinero sin ton ni son en imprimir carteles y programas de mano. Ni los gurús rusos ni todo el dinero que se gastó sirvieron para nada: Olga Ivánovna perdió y entró en una grave depresión nerviosa.

Yo perdí mi trabajo. Como acababa de sacarme el título de contable debía decidir qué hacer. Tenía que ganarme la vida, pero con una actividad que me permitiera ocuparme del movimiento.

Poco a poco, el espacio de Jmelnitsky comenzó a parecerme demasiado pequeño. Como nos llevábamos muy bien con el responsable de Asuntos Familiares y Juveniles del soviét regional, pudimos organizar conjuntamente conciertos y reuniones, así como obtener pequeñas subvenciones para nuestras acciones; pero apenas

Femen

conseguíamos lograr una repercusión real. Corríamos el peligro de convertirnos en el anexo del poder municipal, todavía soviético. La vida estaba más lejos, en Kiev. Si queríamos hacer una película o crear un movimiento feminista, había que ir allí. La decisión estaba tomada.

Ya había estado en Kiev, pero no me gustaban ni el ruido ni su constante agitación. Sin embargo, en 2007 cogí mi maleta y me planté en la capital. Encontré trabajo como mánager en el mundo del espectáculo. Aprendí mucho de esa experiencia, sobre todo en el ámbito de las relaciones con la prensa. Me sorprendió que se pudiera crear un evento a partir de la nada, siempre y cuando esa nada tuviera aspecto de show. Me sorprendió mucho descubrir hasta qué punto la gente puede interesarse en la marca del pantalón corto de una estrella cuando hay tantos que se dedican a cosas mucho más interesantes sin que nadie les haga ni caso. Busqué asociaciones feministas en Kiev pero sólo encontré una. Tres tristes mujeres se ocupaban de ella desde el más oscuro anonimato. Con Nueva Ética en la cabeza, me dije que había que hacer lo que fuera para adquirir notoriedad. Había que suscitar el interés de los medios de comunicación. El problema es que la prensa nunca se desplaza cuando la conferencia trata sobre estudios de género. Fue entonces cuando decidí introducir espectáculos en nuestras protestas. La semilla de Femen estaba sembrada.